



Antes de perder la memoria: *testimonio, amistad y epistolario*

por Constanza Vergara

RESUMEN: Este artículo analiza el libro *Antes de perder la memoria* (2015), escrito en coautoría por las chilenas Ana María Jiménez y Teresa Izquierdo. Ambas fueron militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y experimentaron la clandestinidad, la prisión política en Villa Grimaldi y Tres Álamos, la pérdida de compañeros y amigos, el exilio en Francia, y el posterior retorno a Chile. El libro relata todos estos hitos en la vida de las autoras y presenta sus testimonios de una forma novedosa, ya que está escrito como un intercambio epistolar entre dos amigas, lo que enfatiza la experiencia compartida y su punto de vista como mujeres militantes. A lo largo de la rememoración de 40 años de amistad y compromiso político, Ana María y Teresa construyen una mirada retrospectiva que contiene una fuerte perspectiva de género. Tres son las particularidades que me interesa explorar en este escrito: el carácter epistolar que tensiona el testimonio, la amistad como eje afectivo del intercambio y estrategia para la recepción del texto, y el amplio marco temporal que aborda el texto, que incluye un relato sobre la vivencia del miedo en la década de los '80.

Saggi/Ensayos/Essais/Essays

Imaginario testimonial en América latina: objetos, espacios y afectos – 03/2021

ISSN 2035-7680

104



ABSTRACT: This paper analyzes the book *Antes de perder la memoria* (2015), co-authored by Ana María Jiménez and Teresa Izquierdo. Both women were militants of Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) and experienced clandestinity, political imprisonment in Villa Grimaldi and Tres Álamos, the loss of comrades and friends, exile in France, and the subsequent return to Chile. The book relates all these milestones in the authors' lives and presents their testimonies in a new way, since it is written as an epistolary exchange between two friends, which emphasizes the shared experience and their point of view as militant women. Throughout the commemoration of 40 years of friendship and political commitment, Ana María and Teresa build a retrospective look that contains a strong gender perspective. In this article I will explore the following three issues: the epistolary nature of the testimony; the idea of friendship as a mode of affective exchange and reception, and the broad temporal framework of the text, which narrates the experience of fear during the 80s.

PALABRAS CLAVE: testimonio; correspondencia; amistad; militancia

KEY WORDS: testimony; correspondence; friendship; militancy

Al finalizar el recorrido por el Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM) en Lima se encuentra un muro con citas de diversos testimonios que dan cuenta de la violencia sexual ocurrida durante los años del Conflicto Armado Interno. Un poco más allá, cerca de las exposiciones temporales, otro muro que no es parte del proyecto curatorial original alberga información sobre el Proyecto Quipu, un documental interactivo y sitio web que recolectó denuncias y testimonios sobre las masivas esterilizaciones forzadas llevadas a cabo durante el gobierno de Alberto Fujimori. Es decir, en ese guion museográfico, la perspectiva centrada en la vivencia específica de las mujeres es lo último que se ha anexado al relato de los años de la violencia.

Si comienzo con esta mención al LUM en Perú es porque quisiera que este artículo dialogue con un marco más amplio de investigaciones que realizan una re-lectura en clave de género a los años de dictadura y violencia en nuestros países latinoamericanos o que adoptan una perspectiva de género para analizar la producción cultural en torno



a temas de memoria.¹ También, al mencionar a otras investigaciones y autoras, estoy imitando uno de los gestos principales del libro que me interesa comentar, porque el diálogo y el intercambio son el procedimiento clave de este texto: en *Antes de perder la memoria* Ana María Jiménez y Teresa Izquierdo narran, a través de un intercambio epistolar previamente acordado, más de 40 años de amistad, los que coinciden con el comienzo de su militancia en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las consecuencias vitales y personales que eso ha tenido durante la dictadura y la postdictadura. Se cuenta el pasado, sí; se narran las experiencias de cada una, sí; pero al centro está la amistad: una amistad que ha sobrevivido la prisión, la tortura, el exilio y múltiples duelos por compañeras y compañeros muertos y desaparecidos.

En este artículo me interesa proponer que, a diferencia de otras memorias de exmilitantes (fundamentalmente hombres), en *Antes de perder la memoria* no hay un discurso renovado, sino un compromiso actualizado tanto con el colectivo como con la denuncia de las atrocidades e injusticias cometidas durante los 17 años del régimen de Augusto Pinochet. En efecto, a través de este libro escrito en co-autoría, Teresa y Ana María ensayan distintas estrategias para salir de la vivencia individual y seguir imaginando un colectivo, así como también para empatizar con las injusticias y arbitrariedades cometidas contra otros, especialmente durante la década de los ochenta. En este sentido, si bien estas ex militantes del MIR comparten un itinerario vital similar al de otros testimoniantes (militancia, clandestinidad, prisión política, tortura, exilio), en este texto se ofrece una perspectiva singular, ya que tan importante como la denuncia de estas situaciones, es el detallado relato de la experiencia de vivir el miedo durante la década de los ochenta.

LAS DÉCADAS DEL SETENTA Y OCHENTA

Ana María Jiménez, alias la Chica Lucía, fue detenida en 1975 y luego de sobrevivir casi un mes en Villa Grimaldi, fue trasladada al campo de prisioneros de Tres Álamos y posteriormente al de Cuatro Álamos, donde pasó casi dos años. Una vez fuera de prisión se fue al exilio a Francia y luego a Cuba, donde siguió cumpliendo funciones como militante del MIR. Escribe Ana María:

¹ Estas iniciativas se llevan a cabo desde las Humanidades, las Ciencias Sociales y las Artes e incluyen, en el caso de Perú, el proyecto ya mencionado de María Ignacia Court (Chile) y Rosemarie Lerner (Perú), además de los escritos críticos de Rocío Silva Santiesteban y Francesca Denegri; en Argentina, los aportes de Alejandra Oberti o Mariela Peller, entre otras; y en Chile, los proyectos de Tamara Vidaurrázaga y la compilación de Nubia Becker llamada *Mujeres en el MIR. Des-armando la memoria*.



Debo recordar que viví mi embarazo en París, con el apoyo del padre de mi hijo y el tuyo, mi amiga. ¿Recuerdas que tenía síntomas de pérdida y de anemia, secuelas de la tortura, y para que mi hijo pudiera nacer tuve que estar seis meses en cama? No era precisamente una situación feliz después de dos años de prisión. Más todavía porque desatinadamente la dirección del partido decidió que, ya que estaba con reposo en cama, podían entregarme la tarea de revisar el informe que cada compañero escribía respecto de su paso por la tortura y ver cuál había sido su nivel de fortaleza o debilidad, para que ellos resolvieran la futura asignación de tareas. O sea, yo leía diez horas al día historias de horror y por la noche intentaba dormir y soñaba con lo que yo había pasado, mezclándolo con lo que otros compañeros contaban (114).

Es así como se practicaba el aspecto sacrificial del ideal del hombre nuevo, el militante dispuesto a dejar las comodidades por la causa del partido y la revolución. A juicio de Alejandra Oberti, quien ha estudiado la participación de las mujeres en las organizaciones de los setenta y la construcción de la subjetividad revolucionaria en el caso argentino, "esta politización de la vida cotidiana y las relaciones personales no implicó la revalorización de los espacios privados, sino, por el contrario, la subordinación de estos a la política armada" ("Lo personal" 904). Tal como sostiene Tamara Vidaurrázaga:

El hombre nuevo nunca contempló entonces lo que para las mujeres militantes significaría asumir estos desafíos contruidos para militantes varones; tampoco contempló lo que implicaría para la vida privada de quienes militaban, especialmente de las mujeres que -según el mandato del sistema sexo género (ssg) hegemónico- deberían poner la mayor parte de su esfuerzo e interés en que este espacio de sus vidas sea exitoso, además de ser evaluadas socialmente por ello (70).

Esa crítica con perspectiva de género asoma en varios momentos a lo largo del texto, ya sea para discutir órdenes de la cúpula del MIR, como la que acabamos de leer, o para comentar los espacios para la vida afectiva y de pareja que aparecían en medio del horror. Jiménez e Izquierdo aprovechan su visión retrospectiva para evaluar sus comportamientos tomando en cuenta no solo su militancia y compromiso, sino también sus experiencias amorosas y de maternidad. Dice Teresa en una de sus cartas:

Nuestros hombres eran revolucionarios de la casa para afuera y algunos, después de las cárceles, cuando se reencontraban con sus mujeres, no entendían que hubiesen cambiado. ¿Cómo no íbamos a cambiar si rescatando a nuestros compañeros nos habíamos convertido en una fortaleza personificada ocupándonos de todo? Muchas parejas se quebraban y todos sufríamos bastante (127).

Izquierdo supo de ese sufrimiento desde varios frentes: estuvo tres semanas presa en 1976 y luego logró salir al exilio a Francia. Un año antes, en febrero de 1975 habían tomado detenido a Hugo Daniel Ríos Videla, el Peque, su pareja y padre de Manuel, su hijo mayor. En julio de ese mismo año, apareció la noticia en el diario *La Segunda*, con el



infame titular “Exterminados como ratones”, en cuya lista aparecía el nombre del Peque como una de las supuestas víctimas de falsos enfrentamientos en el extranjero, en lo que hoy se conoce como Operación Colombo o Caso de los 119. Como tantas otras mujeres, Izquierdo sobrellevó el sufrimiento desde sus distintas experiencias vitales: como viuda, madre, militante, exprisionera política y exiliada. Entre el duelo por su pareja, el deseo de darle una familia a su pequeño hijo y el dolor de las propias secuelas de su paso por prisión, Teresa decidió regresar a Chile en 1979, donde al poco tiempo comenzó a colaborar con la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y a trabajar como secretaria en la revista *Análisis*.²

Es desde ese lugar que narra en las últimas cartas la experiencia del miedo en la década de los ochenta en Chile. Si bien ella se movía en un entorno laboral de crítica al régimen, también ese era un lugar desde donde se experimentaban la censura, los continuos allanamientos y la abierta intimidación a los periodistas. Asimismo, ese fue un lugar donde se investigaron crímenes y se dieron a conocer situaciones de violencia extrema.

Loreto López ha realizado una exhaustiva investigación de la experiencia del miedo en la sociedad chilena durante la dictadura. A su juicio, no se debe olvidar que las estrategias represivas estaban destinadas a enviar un mensaje de terror a toda la sociedad (131), por lo tanto, hay que considerar de qué manera el miedo estaba presente en la cotidianidad de los ciudadanos:

Las entrevistas han revelado que el miedo constituye un recuerdo con transversalidad social, que se da al margen de la valoración de la dictadura y que remite a diversas experiencias cotidianas, como la presencia de “sapos y delatores” en espacios sociales barriales, laborales e incluso familiares y de camaradería; a los reiterados “toques de queda” que se decretaron como parte de estados de excepción a lo largo del tiempo; a la inhibición de ideas y comportamientos -indeseables, a ojos del nuevo orden y sus censores- que se pudieran vincular con el marxismo, ideología declarada enemiga por la Junta Militar (135).

Este recuerdo del miedo durante la última década de la dictadura cobra especial relevancia cuando se leen los sucesos relatados por Izquierdo. Entre ellos se encuentran muertes de colegas y amigos y crímenes de especial violencia y notoriedad: el asesinato en 1981 de Verónica Cienfuegos, una querida amiga del exilio parisino y también militante del MIR; el asesinato de Tucapel Jiménez, dirigente sindical en 1982; la muerte de Genaro Flores el '83; el caso degollados en 1985; el caso quemados en 1986; el asesinato del periodista José Carrasco Tapia (colaborador de *Análisis* y vecino de Teresa) en ese mismo año, poco después del fallido atentado a Pinochet; la matanza de Corpus Christi en 1987; largos periodos de Estado de Sitio y condenas de reclusión nocturna

² Revista opositora al régimen, que circuló entre 1977 y 1993, fundada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez. En ella colaboraron destacados periodistas como Juan Pablo Cárdenas, María Olivia Monckeberg, Fernando Paulsen y Pamela Jiles. De allí se originó también el proyecto de noticiero alternativo *Teleanálisis*.



para periodistas como Juan Pablo Cárdenas, editor de la revista y jefe directo de Teresa. Sobre este último, se narran dos recuerdos que subrayan la continua sensación de inseguridad y vulnerabilidad:

Así se nos iba el tiempo, querida amiga, acompañando a Juan Pablo en esa terrible doble vida que significaba ser libre de día y preso por la noche, asustados de que lo mataran cualquier día en una fría madrugada a la salida del penal y organizando comités de amigos que lo iban a dejar o a buscar a la cárcel (235).

En tres ocasiones a Juan Pablo le quemaron la casa, en una también el auto. Lo peor fue cuando le avisaron de un accidente que habrían sufrido sus hijos. Finalmente, la familia optó por irse de Santiago a vivir más tranquilamente en el campo, pero fue ahí donde le quemaron dos veces su casa (240).

Frente a estas situaciones de violencia, las autoras contraponen reacciones que dan cuenta de estrategias de sobrevivencia ligadas a la solidaridad y muestras de humanidad: desde esconder conocidos en casa, o ayudar a asilarse a perseguidos, hasta la organización de un coro de expresas políticas, dirigido por Jiménez. Como afirma José Santos: "sobrevivir siguiendo la ruta de la comunidad tiene la virtud de que no apunta simplemente a mantenerse en la vida, o con vida, sino que implica que pese al infierno por el que se transita, efectivamente se logre conservar la humanidad" ("Comunidad" 73).

LA AMISTAD Y LO EPISTOLAR

Antes de perder la memoria se publicó el año 2015 y está organizado como una recopilación de cartas entre amigas que coloquialmente se reconocen como la Chica y la Terucha. Estos apodos cariñosos dan cuenta de la intimidad y cercanía en el trato entre ellas. Este ir y venir de misivas reproduce un ir y venir entre distintas épocas: al mismo tiempo que se escribe, se releen cartas antiguas y se repasan momentos del pasado, especialmente, como hemos visto, de las décadas de los setenta y los ochenta. Este rasgo reflexivo e inclusivo es muy particular en esta narración, porque permite contextualizar, evaluar y, a veces, incluso reconciliarse con las decisiones tomadas.

Esta perspectiva reflexiva sobre el pasado establece un diálogo con lo que Teresa Basile ha descrito como "memorias perturbadoras", que serían aquellas narraciones con una perspectiva autocrítica que surgen desde el mundo de izquierda y que:

revisan críticamente ciertos núcleos ideológicos en torno al empleo de la violencia armada como vía de transformación político-social y ponen en cuestión ciertas perspectivas de la guerrilla, tal como: [...] el verticalismo y autoritarismo de los cuadros dirigentes y su falta de diálogo interno, el desprecio por el mundo de la vida privada, la familia, los afectos y emociones frente a la valoración de la militancia.



Lo curioso es que, para el caso chileno, más que la autocrítica, lo que ha primado es un relato arrepentido sobre los comportamientos del pasado. En un artículo sobre las memorias de Max Marambio y Eugenio Tironi, Michael Lazzara afirma que en estos libros publicados durante la década del 2000, el yo “a menudo se normaliza de acuerdo con las pautas de la sociabilidad neoliberal [...] el antiguo ser revolucionario se vuelve fetiche o cita, se rechaza, se critica, se rehúsa o es renegado bajo los signos de la resignación o el arrepentimiento” (169). Asimismo, muy cercano a lo que John Beverley identifica como el “paradigma de la desilusión”, describe en estas narrativas una “subjetividad ahora enteramente normalizada y acomodada al patrón neoliberal” (172-73). De acuerdo con Lazzara, el arco narrativo de estas memorias va de la adolescencia romántica a la madurez biográfica, bajo la forma de una novela de aprendizaje en la cual se produce una marcada escisión entre el sujeto arrepentido del presente y el revolucionario del pasado (173).

A diferencia de lo que sucede con esas memorias renovadas, las cartas de *Antes de perder la memoria* intentan estrechar el tiempo pasado entre el “entonces” de la militancia y el “ahora” del presente de la escritura. Si bien hay espacio para la crítica y la autocrítica, se observa en ambas autoras una voluntad por construir una subjetividad que otorgue continuidad a las distintas experiencias narradas. Dice Izquierdo:

Esos años de la Unidad Popular me marcaron. Todo parecía posible cuando estabas participando de esas enormes concentraciones populares. Sentía que el pueblo estaba tomándose su merecido espacio y fui muy feliz cantando y desfilando por esa Alameda llena de colores el día que Allende fue elegido. Cuando veo los ojos curiosos de mi pequeña nieta, me imagino lo lindo que sería que ella pudiera participar en una sociedad unida y movilizad (41).

Un solo párrafo contiene más de 30 años, en los cuales se condensa una experiencia social y política que se desea recordar y, más importante aún, transmitir a las nuevas generaciones. Por su parte, Jiménez, ya desde la primera página, sugiere la relación entre épocas:

Nuestros sueños e ideales por ahí andan rondando, todavía muy vivos en nosotras. Aunque buena parte de la energía que nos queda se nos vaya en ocuparnos de nuestros hijos y nietos, no nos dejan indiferentes las cosas que suceden a nuestro alrededor. Nos siguen conmoviendo las luchas de los estudiantes por cambiar el sistema de educación, eliminar el lucro y acceder a una educación gratuita para todos. La causa mapuche [...] que ha puesto a muchos al borde de la muerte peleando por la recuperación de sus tierras y sus derechos ancestrales arrebatados hace siglos, continúa siendo nuestra. O los desfiles variopintos de los miles de chilenos que predicán –y a veces practican– el respeto a la diversidad. Y siempre por los derechos humanos. Nuestros compañeros desaparecidos. Nunca más. Nunca más (13-14).



Al contrario del paradigma del militante desilusionado o arrepentido, Jiménez e Izquierdo construyen una narrativa vital en la que la memoria de las últimas décadas les otorga una perspectiva política para la lectura del presente. En este sentido, a lo largo del texto se puede leer una combinación entre las preocupaciones éticas y políticas, en un ejercicio de “recuperación de ciertos impulsos e ideales sesentistas, pero no para hacer la revolución, sino para construir nuevos modos de la militancia” (Basile y Chiani 12).

En fragmentos como este también se observa el uso de la primera persona plural (“nuestros sueños, nuestros compañeros”) como una de las estrategias para señalar la co-autoría del texto: esta es una historia que se cuenta a dos voces (a veces claramente diferenciadas, otras veces unidas en un “nosotros”) y en la cual no hay una sola protagonista; es más, las amigas/autoras emprenden un relato coral, lleno de nombres y menciones de personas que admiran, que ya no están o que las han acompañado. En este gesto me parece que persiste el compromiso con lo colectivo, ya que se buscan distintas formas de salir de la idea de una subjetividad única e irrepetible. Por ejemplo, si bien la experiencia de prisión política de Izquierdo es notablemente particular (“caso extremo” de nomadismo, lo llama Santos, *Lugares* 113), es descrita junto con la de Jiménez y en un contexto en el que lo relevante no son las particularidades sino los patrones de injusticia e ilegalidad.

La apertura y porosidad de los sujetos es especialmente significativa en el uso de intertextos culturales: a lo largo de la narración las letras de canciones y los poemas de autores como Ángel Escobar muchas veces servirán para expresar las sensaciones y texturas del pasado y del presente, como si las propias experiencias fueran descritas más certeramente por otros. En ese ejercicio de citar a distintas fuentes, el diálogo escrito de Jiménez e Izquierdo va ampliando el sentido de la palabra *correspondencia*: ya no se tratará solo de cartas, sino también de la relación simétrica o complementaria entre los sujetos.

Así como en *Santiago-París, el vuelo de la memoria*, Mónica Echeverría y Carmen Castillo entrelazaban sus relatos autobiográficos para contar sus vidas a dos voces, en este caso ya no son madre e hija, sino amigas y compañeras de partido quienes emprenden la tarea de contar una vida que es también la de tantos otros. En este caso, el discurso epistolar será la estrategia más usada para salir de la memoria individual y conectarse con el colectivo.

Para Carolina Pizarro, “es posible sostener que el testimonio, más que un género híbrido, es un género omnívoro, que se apropia de distintos subgéneros literarios, de alcance acotado, para generar significaciones asociadas a diferentes matrices de pensamiento” (23). La crítica no se refiere a la apropiación del género epistolar como una de las formas narrativas del testimonio, justamente porque es una práctica poco común para este tipo de textos. *Antes de perder la memoria* se organiza en 37 fragmentos, de los cuales 34 se inician con un “Querida Chica” o “Querida Teruchita” o



“Tere querida”. Los últimos 3 fragmentos son dirigidos de Ana María a Teresa a modo de reflexión final; siguen siendo textos apelativos, pero ya no con forma de carta. Llama la atención que si bien el discurso apelativo se mantenga durante todo el intercambio y la mayoría de las veces se incorpore el saludo propio de las misivas, ninguna de ellas tenga despedida. Esto hace que se acentúe la sensación de conversación e inmediatez, así como el intercambio de papeles: lo que importa es hablar con la amiga e instalar los temas, más que llegar a conclusiones o cerrarlos.

Desde la teoría literaria, el género epistolar es descrito como una suerte de diálogo diferido en el tiempo y el espacio: ya que los interlocutores no están en el mismo sitio, deben conversar por escrito. Esta distancia constitutiva de lo epistolar es atenuada a través de estrategias que simulan y recrean la cercanía, de esta manera, las palabras cariñosas, los apelativos cercanos y las descripciones cotidianas van estrechando la distancia. Patrizia Violi señala que el verdadero valor del intercambio epistolar es crear la relación entre los interlocutores, porque muchas veces no es tan importante lo que se cuenta, sino el gesto performático de querer hacerse presente frente al otro (91). Esta manera de narrar hace que los lectores, entonces, nos sintamos cercanos a las autoras: no solo presenciamos el intercambio entre Ana María y Teresa, sino también nos involucramos como confidentes, somos interpelados ante las preguntas que plantean y compartimos ese espacio de intimidad en el que nos han dejado entrar. Como señala Bacci, “Los testimonios son también cincelados por las condiciones de lo decible en cada momento, en términos de sus objetivos explícitos inmediatos (denunciar, saber, homenajear, reflexionar sobre ciertos hechos) tanto como de la escucha social disponible” (129). En este caso, la forma del texto diseña su propia situación de recepción.

“¿Desde quién y para quién se producen estos relatos? ¿de quién es la iniciativa? ¿quién anima el proyecto de memoria?” pregunta Oberti en uno de sus artículos (“Potencia” 486). En este caso, las autoras afirman explícitamente que ha sido una iniciativa propia dedicada a las nuevas generaciones. Fuera de las instituciones museográficas o de memoria, así como lejos del circuito judicial y de la historia partidaria, Jiménez e Izquierdo pueden desplegar un relato reflexivo y marcado por la experiencia afectiva y de género.

Dos militantes cuentan su amistad en un contexto de dictadura y postdictadura. Dos mujeres cuentan su historia personal a lo largo de las décadas. Parecen dos historias diferentes, pero ambas se entrelazan en este libro. *Antes de perder la memoria* es un recuento histórico escrito dando lugar a las emociones: tantas veces postergadas por el modelo del hombre nuevo o por las órdenes del partido, el recuento de la Chica y la Tere hoy deja espacio para expresar el miedo, las dudas, el cariño, el compañerismo y el amor en tiempos de urgencia. Un libro a dos voces que intenta hacer espacio para el colectivo y los gestos de solidaridad, que no resuelve, sino que plantea reflexiones para ver gestos e injusticias del pasado en el presente. Dos ex militantes que no presentan



un discurso renovado, sino reflexivo e íntimo; dos amigas que construyen la escena de escucha de su relato, para que nosotros digamos con ellas “nunca más”.

BIBLIOGRAFÍA

Bacci, Claudia. “El trabajo del tiempo: Género y generaciones en algunas escenas testimoniales.” *Voces de la violencia. Avatares del testimonio en el Cono Sur*, compilado por Teresa Basile y Miriam Chiani, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2020, pp. 122- 149

Basile, Teresa. “Memorias perturbadoras/memorias autocríticas: revisión de la izquierda revolucionaria en la narrativa de Horacio Castellanos Moya.” *Alter/nativas*, núm. 5, 2015. <https://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-5-2015/essays/basile.html>. Consultado el 23 sept. 2019.

Basile, Teresa y Miriam Chiani. “Introducción. Avatares del testimonio en el Cono Sur.” *Voces de la violencia. Avatares del testimonio en el Cono Sur*, compilado por Teresa Basile y Miriam Chiani, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2020, pp. 8- 31

Jiménez, Ana María y Teresa Izquierdo. *Antes de perder la memoria*. Cuarto Propio, 2015

Lazzara, Michael. “Pensar entre épocas: Escrituras de vidas y transformación subjetiva en el Chile post-Pinochet.” *Cuadernos De Literatura*, vol. 18, núm. 36, nov. 2014, pp. 166-83

López, Loreto. “Recordar la dictadura chilena a través de los miedos cotidianos.” *Pasados Contemporáneos. Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina*, editado por Lucero de Vivanco y María Teresa Johansson, Iberoamericana/Vervuert, 2019, pp. 129- 146.

Oberti, Alejandra. “Potencia y acción: el testimonio en América Latina.” *Revista Cambios y Permanencias*, núm. 6, dic. 2015, pp. 479 – 499.

---. “¿Lo personal es político?: repensar la historia de las organizaciones político militares.” *Revista Estudios Feministas*, vol. 23, núm. 3, sept.dic. 2015, pp. 893–911

Pizarro Cortés, Carolina. “Formas narrativas del testimonio.” *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Chile*, editado por Laura Scarabelli y Serena Cappellini, Ledizioni, 2017, pp. 23-42

Santos Herceg, José. *Lugares espectrales. Topología testimonial de la prisión política en Chile*. Editorial USACH, 2019

---. “Comunidad en medio del horror. Construir vínculos como modo de resistir y sobrevivir.” *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Chile*, editado por Laura Scarabelli y Serena Cappellini, Ledizioni, 2017, pp. 61-75



Vidaurrázaga, Tamara. "¿El hombre nuevo?: Moral revolucionaria guevarista y militancia femenina. El caso del MIR." *Revista Nomadías*, núm. 15, jul. 2012, pp. 69-89

Violi, Patrizia. "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar." *Revista de Occidente*, núm. 68, 1987, pp. 87-99

Constanza Vergara es académica del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado. Sus investigaciones giran en torno a la literatura latinoamericana contemporánea y la relación entre cine y literatura. Ha publicado sobre cine documental y memoria en las revistas *Meridional* y *Anales de Literatura Chilena*, así como en el libro *Pasados Contemporáneos. acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina* (2019). Con Betina Keizman editó el libro *Profundidad de campo. Des/encuentros cine-literatura en Latinoamérica*. (2016).

cvergara@uahurtado.cl
